

WENDY BROWN: *Politics out of History*, Princeton University Press, Princeton y Oxford, 2001. 184 páginas.

En la contraportada, George Kateb califica este libro de “genuina contribución a la teoría política”, porque establece un diálogo fructífero con autores cuya obra también lo fue: Karl Marx, Sigmund Freud, Friedrich Nietzsche, Michel Foucault, Walter Benjamin y Jaques Derrida. La autora va hasta el fondo, e interpreta algunos de sus textos a la luz de los problemas políticos contemporáneos, de manera que los textos adquieren bajo su interpretación una nueva dimensión para comprender esos problemas.

En la introducción, la autora nos explica el sentido del título del libro: el por qué la política está ahora “fuera de la Historia” y, también, y no menos importante, “fuera de las historias” que intelectualmente la posibilitaron. Los conceptos con los que aún trabaja la ciencia política son los de la teoría política clásica europea: progreso, derecho, libertad de conciencia, verdad moral, razón o soberanía. El problema es que hemos perdido “los amarres” (*moorings*) de esos conceptos con la realidad política contemporánea, a la que ya aquellos no informan, pero en lugar de reemplazarlos por otros o adaptarlos, los hemos convertido en “fetiches”: la Moralidad, como la base de los valores y juicios políticos, deviene Moralismo; el Deseo, como potencialmente liberador en su pretensión, se convierte en Culpa; el Poder, como la lógica de organización y sus mecanismos, revierte en alienación; la Convicción, como la base del conocimiento y la acción políticas, lleva al totalitarismo; y, finalmente, el Progreso, como el sustento de la política futura, está en crisis o en abierta

contradicción con la realidad. De manera que a la vez que nuestras referencias están cargadas de Historia y avaladas por multitud de teorías, una y otras son ahora menos útiles que nunca. La Política está llena de una y de otras, pero fuera de ambas, porque ya no la informan ni la guían. Y ello no sólo ocurre con las “narrativas” liberales, basadas en la ecuación de “a mayor libertad, más derechos y más igualdad”, sino también con las conservadoras y las marxistas.

El recorrido por la obra de los autores tratados en este libro se hace de acuerdo a un objetivo: hacer fructificar la crítica que ellos plantearon a cada uno de los “fetiches” mencionados, de manera que ilumine nuestra realidad. Así, la Genealogía de Nietzsche se sitúa, con su crítica a la separación en política entre Moralidad y Moralismo, en la estela de Maquiavelo, para quien en política se hace lo correcto cuando se puede y lo incorrecto cuando se debe —porque no se puede hacer otra cosa—. Sin embargo, aceptar la separación, como hacen las narrativas liberales, o las conservadoras y marxistas, hace que la difícil relación que de por sí tiene la Moralidad con el Poder se convierta en Moralismo anti-político: se critican las malas prácticas como vicios que atentan contra los buenos principios, por lo que estos se absolutizan y se blindan, válidos en cualquier momento y en cualquier lugar. Uno de los pasajes más interesantes de este libro es, precisamente, el relato que hace la autora de su experiencia en un foro académico sobre estudios culturales, en el cual su reflexión sobre los “estudios de

mujeres” fue calificado de “reaccionario y colaboracionista... absolutamente reprobable en lo político e intelectualmente irrelevante”¹. ¿Por qué? La autora, que ha dedicado varios años de su vida a los estudios “de género”, reflexionaba en voz alta acerca de lo que ya no consideraba necesario hacer porque se estaba convirtiendo en lo contrario de lo que se proponía: la reivindicación de la identidad como género estaría socavando la libertad de las mujeres, pues esta última habría quedado sujeta y dependiente de la adquisición y mantenimiento de la primera²; la identidad “feminista” se ve así compelida a convivir con otras identidades igualmente victimistas en un mundo que no está conmigo, está contra mí. La moral, es decir, el ejercicio de contrastar y fundamentar argumentos sobre lo bueno y actuar en consecuencia, estaría quedando reducida a moralismo doctrinal y política inquisitorial que defienden o prohíben actitudes en función de verdades sobre lo bueno.

La autora ahonda en este mundo de la identidad victimista a través del ensayo de Sigmund Freud, “Un niño está siendo golpeado”. La lectura política del mismo se traduce en que muchas personas, como por ejemplo las mujeres, que antes estaban fuera de la vida pública, adquieren ahora su identidad no como individuos singulares sino como integrantes de un grupo victimizado, en el que el deseo de emancipación se convierte en la exposición de una serie interminable de agravios y no da lugar a la independencia. No se produce

así una integración de las diferencias a través de una expansión de la igualdad, sino una igualación de acuerdo a un patrón que socava la libertad de ser y que sólo acepta una forma de ser, un tipo ideal de persona-ciudadano al que hay que acercarse renunciando a lo que es propio de la persona, lo que la diferencia.

La autora nombra la lectura crítica de Marx acerca del poder como “poder sin Lógica sin Marx”, lo cual significa que cualquier lógica de poder que pudiera reclamarse anterior a Marx da paso a otra lógica que ya no es propiamente “de poder” sino exterior al mismo: bien sea la lógica económica, que maneja el poder en la sombra, bien sea la lógica de la inutilidad de toda lógica de poder ya que en la sociedad comunista aquella se habría diluido en ésta. Sin embargo, la crítica de Nietzsche y Foucault desemboca en una “política sin pasamanos” (*banisters*), pues si para Nietzsche el poder sólo es identificable genealógicamente como voluntad de poder, para Foucault es la misma génesis del poder la que marca la pauta. La política entonces carecería de referencias históricas o morales para fundamentarse.

Tanto para Benjamin como para Derrida, el poder ya ha perdido todo sentido, pues como un *ángel* o como un *espectro* sobrevuela una realidad que no ha rescatado nada del pasado, es impotente para cambiar el presente y carece de pautas para predecir el futuro. No obstante, entre uno y otro queda un resquicio para la esperanza, haciendo que la historia rescate el pasado

¹ Publicada posteriormente en *Differences*, 9 (1997). Las citas, en p. 35

² En palabras de la autora, “a las personas se las equipara con posiciones sujeto, que se equiparan con identidades, que a su vez se equiparan con ciertas perspectivas y valores” (p. 38).

no en su facticidad cruda, como quiere una determinada tendencia historiográfica empeñada en contar una a una —no sólo ya en narrar— la escala de horrores y el número de víctimas causadas por la locura humana; lo que políticamente tiene su correlato en el culto a la memoria de tales maldades y en el resarcimiento moral y económico a las víctimas. Los ejemplos a los que alude Wendy Brown son ilustrativos, y no es difícil añadir alguno más mirando a nuestro propio entorno académico y político. Sin embargo, tanto para Benjamin como Derrida el “complejo problema *político* de la relación entre el pasado y el presente, y de los dos con el futuro, no se resuelve ni con los hechos ni con la verdad” (p. 141).

Usando la imagen acuñada por Sheldon Wolin recientemente, ambos tra-

tarían de *hacer una invocación* del pasado que “no sólo significa memoria y reparación sino también desesperación, esperanza y un sentido oculto —y por tanto cierta redención— del sufrimiento humano”³.

No hay “conclusiones” en este libro, porque digamos que la autora ya las adelantó en su “introducción” y las sintetizó en el título: “la política, hoy, está fuera de la historia”, porque tanto la teoría política como la historiografía siguen manejando conceptos que la realidad ha desmentido cuando no traicionado. La crítica radical de tales construcciones de los autores con los que la autora ha dialogado aún puede ser, sin embargo, productiva no sólo teóricamente sino también en la práctica política.

GLORIA MARTÍNEZ DORADO

³ SHELDON S. WOLIN, “Political Theory: From Vocation to Invocation”, en JASON FRANK y JOHN TAMBORNINO, *Vocations of Political Theory*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2000, p. 142.